

# El antiflamenquismo ilustrado en *La Regenta*, de «Clarín»\*

El liberalismo demócrata histórico, aunque de escasa influencia social, porque sus accesos al poder siempre resultaron efímeros, tuvo mucha presencia entre las élites culturales españolas de los siglos XVIII y XIX. Las que, al comprometerse en programas o posiciones reformistas, repudiarán, indefectiblemente, las veleidades de las clases altas más tradicionales, su afición a un pintoresquismo tachado de irracional e inculto, a los toros, al majismo dieciochesco y, más tarde, al tiempo en que dichas clases se fundían socialmente con una nueva burguesía, al flamenquismo decimonónico. Esa afición, «resultona» y de «buen tono», se imponía en la corte, bien avanzado el siglo XIX, entre los grupos de influencia económica —nobleza, burguesía y clases medias— protagonistas de la revolución burguesa moderada. Revolución que ahogaba las expectativas de la fracasada de 1868, la «Gloriosa», por su signo conservador y tradicionalista, y que, en tiempos de Leopoldo Alas, se sedimentaba, bajo la ortopedia política de la Restauración y la dirección de Cánovas del Castillo, «bête noire» de «Clarín» y, significativamente, sobrino del primer escritor vinculado a la defensa ferviente del populismo preflamenco: Estébanez Calderón.

Estébanez había iniciado la adhesión entusiástica a ciertas manifestaciones de cantos y bailes populares, que le servían de deleite intelectual y regocijo sensual a un tiempo, como bien muestra en sus *Escenas Andaluzas*, primer documento literario en el que aparecen situaciones y nombres ligados, más tarde, a la historia del cante flamenco. Representante de un romanticismo conservador y costumbrista —la otra cara del romanticismo liberal e ilustrado de Larra— es objeto también, por ello mismo, de las temidas críticas higiénicas del asturiano. De él arranca la corriente intelectual romántico-modernista favorable al flamenco, que iremos también describiendo en sucesivos artículos. Corriente que, fundida en la generación del 27 con las actitudes progresistas que hasta entonces habían sido adversas al cante, terminaría integrándolo, de pleno derecho, entre los mitos culturales del clasicismo mediterráneo.

## La herencia anticasticista de la «Gloriosa»

Cuando Leopoldo Alas, «Clarín», publica *La Regenta*, tiene 32 años. Esta novela, a pesar de su compleja madurez ideológica y estilística, es la obra de un hombre joven, cuyos fundamentos intelectuales, de base krausista, sedimentara «Clarín», en Madrid,

\* Las presentes páginas constituyen el primero de los artículos de una serie en la que se analiza la posición ante el cante flamenco, adversa o proclive, que han adoptado los intelectuales, en acuerdo con las propias corrientes culturales en las que se insertan. La edición de *La Regenta* que se cita es la de Juan de Oleza. Cátedra. Letras Hispánicas. Madrid, 1984.

desde la década de los setenta del pasado siglo. En esa época, irrumpió en el mundo de la cultura con su quehacer periodístico y literario, con su actitud irónicamente beligerante contra la ignorancia y el provincianismo, y con un frente contra el que luchó con fuerza: la Restauración monárquica y su artífice político, Cánovas del Castillo. En los años 80, «Clarín» se instala definitivamente en Oviedo y comienza la redacción de la citada novela, tras cuya publicación, en 1885, se iniciaría la etapa de madurez de su autor, quien, volviéndose hacia su intimidad reflexiva, convirtió al que había sido activo y apasionado combatiente contra la Restauración y sus productos socioculturales en un filósofo vocacional y en un más moderado posibilista político.

Es, pues, el «Clarín» de *La Regenta* el autor joven que está adherido con fuerza, no obstante sus restricciones «a la española», a la defensa del positivismo filosófico y el naturalismo literario. Restricciones debidas a una sensualidad subjetivista que le impedía adscribirse plenamente a un absoluto mecanicismo. Aún latían en sus pulsos y brotaban de su razón, en una síntesis de vitalismo intelectualista que él propugnaba, las ardientes ideas que habían motivado la Revolución romántica, liberal y burguesa del 68, la «Gloriosa», a la que, por encima de los pragmatismos exigentes de una realidad que limitó el alcance de aquellos principios, él siempre se mantuvo fiel. El fermento ideológico de la «Gloriosa», si bien que fracasado cuando «Clarín» comienza su producción literaria, lo acompañaría toda su vida, hasta fundamentar su enfrentamiento intelectual, ya que no afectivo ni solidario, con los socialistas, quienes, por aquellos mismos años, iniciaban la estrategia independiente de sus propias organizaciones. Y aún lo acompañaban en su última época, de creciente intimismo, cuando su cristianismo progresista trataba de tender un puente, por vía regeneracionista y educativa, con las nuevas fuerzas obreras. Las que, si bien se apartaban ya del republicanismo burgués que antes las dirigiera, y que «Clarín» representaba, conservaron de él su visión cultural «redentora» y, en consecuencia, su repulsa por lo flamenco como afición degradante y tabernaria.

Pues bien, en esa corriente de pensamiento de raíz ilustrada, democrática, progresista y reformista —que en Oviedo, precisamente, había iniciado para España Jerónimo Feijóo, aquel benedictino, «ciudadano libre de la república de las letras»—, corriente que «Clarín» defiende y representa paradigmáticamente; en esa coyuntura intelectual que lo enlaza, por delante, con el mentado Feijóo, Jovellanos, Cadalso y Larra, y que, a su vez, el «provinciano universal» tiende, junto a Galdós, hacia la generación del 98; en esos valores de los que la «Gloriosa» hizo, casi a un tiempo, triunfo y olvido, valores heredados de una Ilustración teñida de rebelde e irredento romanticismo liberal; en ese hilo conductor de pensamiento, y de actitud intelectual, y de talante vital, hay que situar el rechazo de «Clarín» hacia el cante flamenco. Más que al cante, que por otra parte no debió de conocer en sus formas concretas, «Clarín» se opone, en su novela, justamente a una moda, para entonces ya secular, de imitación del populismo por parte de los más acomodados. Moda que, en su tiempo, se había convertido en «flamenquismo», afición de buen tono que desde la corte se difundía, para regocijo de los «snobs» de la época, y que a Vetusta había importado el personaje más sandio, maleducado, estúpido y maldiciente de toda la obra: Joaquinito Orgaz.

Este rechazo por lo flamenco no es, por lo tanto, sino la nueva versión del que sus

antecesores en ideología sintieron hacia las manifestaciones achuladas del vulgo, hacia el populismo y el majismo, hacia curros y manolos... Quienes hacían, por el contrario, las delicias de gran parte de las clases altas españolas, prendidas en un rajo y un pinto-resquismo popular de guardarropía al que, formalmente, imitaban para su diversión, pasando del desdén con que los intelectuales progresistas combatían, desde el siglo XVIII, tales aficiones.

La mala educación de la nobleza, sus ocios, vanidades e incultura, las consecuencias negativas de su influencia en el desarrollo del pueblo español, están censurándose en la literatura española desde la transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Actitud de censura que si, en sus comienzos, responde a una opción individual (Celestina, Lazarillo, humanistas del XVI, Don Quijote...), ya en el XVIII forma parte programada de los planes de reformismo social del Despotismo Ilustrado, desde cuyas posiciones se veían como funestas las afinidades crecientes, sin variación del estado social ni de la ignorancia generalizada, entre damas, caballeros y majos. Feijóo contra los prejuicios y el atraso de nobles y plebeyos; Jovellanos contra el majismo creciente; Cadalso contra la estulticia del señorito juerguista andaluz; Larra contra el adocenamiento y la vulgaridad; Clarín contra el flamenquismo, ya definido como género en su época..., y todos contra los toros, hilvanan las hebras de una actitud que, a fuer de progresista en su día, europeísta siempre, combatía todo aquello que sonara a «España cañí».

En sus críticas sociales, confirman los autores citados la identificación básica de sus posiciones, novedosamente reformistas en Feijóo; melancólicamente didácticas en Cadalso, noble y burgués a un tiempo; más beligerantes en Jovellanos, Larra y Clarín. Este último, como tenaz representante del progresismo liberal, en su versión decimonónica de ardientes revolucionarios demócratas, llamados a continuar los deseos ilustrados de regeneración española. Actitud regeneracionista que culminarían los autores de la Generación del 98, críticos, asimismo, del flamenquismo en boga.

Desde entonces y mediando las vanguardias que inauguran el siglo XX, el recorrido histórico del intelectualismo reformista busca otros cauces y caminos, y, en consecuencia, las posiciones de los progresistas ante la estética flamenca se realizan desde distintos esquemas conceptuales y desde distintos enunciados culturales, lo que supuso un cambio cualitativo, evidente y definitorio, en la nueva estimativa que del cante se haría a partir de la Generación del 27.

## El «antiflamenquismo», un tema estructurador en *La Regenta*

El antiflamenquismo en *La Regenta* significa más allá de la simple manifestación ocasional del rechazo que «Clarín» sentía por aquella nueva moda, para convertirse en uno de los temas que estructuran la sintagmática ideológica de la narración, polarizada en el enfrentamiento de las «dos Españas». Antagonismo candente para el autor, quien redactaba *La Regenta* asumiendo con dolor la definitiva derrota de los ideales progresistas del 68, cuya crítica tampoco elude en la pobre representación que de ellos hace por medio de Don Pompeyo Guimarán. Y ese enfrentamiento aparece figurativizado, en superficie, en la oposición de los valores que se vierten en Don Pompeyo y Joaquinito, si bien ambos satirizados —la obra es una negación global de una época y de un siste-